

## LA DIMENSIÓN AMERICANA DEL ESPAÑOL

GREGORIO SALVADOR

Real Academia Española de la Lengua

De la serie de acontecimientos admirables que tuvieron lugar en 1492 y cuyo medio milenio estamos celebrando, quiero destacar uno: la llegada a América de la lengua española. Que mientras Cristóbal Colón hacia camino en el Océano Atlántico, Antonio de Nebrija presentara su *Gramática de la lengua castellana* a la reina Isabel, la primera gramática de una lengua vulgar, y que ese mismo año publicara su *Diccionario latino-español*, con la intención ya expresada en el prólogo de continuarlo con el *español-latino*, son obviamente hechos casuales, pero de la casualidad nacen, no pocas veces, los símbolos. Y lo cierto es que hoy, tras cinco siglos de controvertida historia, más de trescientos millones de personas hablan español en aquel continente. De hecho portentoso lo ha calificado Ernesto Sábato. Y desde luego nunca, en la historia universal, desde que el mundo es mundo, ha ocurrido que veinte naciones compartan un único idioma como lengua común, no sólo oficialmente, como idioma de la administración o de la cultura, sino realmente como lengua propia, como lengua del intercambio cotidiano, y además mayoritaria, cuando no única, en todas ellas.

La prolongación americana de la lengua española le ha dado a esta su verdadera dimensión, la ha convertido, con el chino, el inglés y el hindi, en una de las cuatro lenguas mayores, las que superan los trescientos millones de hablantes, y por su extensión geográfica y su carácter multinacional, ha llegado a ser, tras el inglés, la segunda lengua de relación en nuestra época, la segunda, por lo tanto, en demanda de aprendizaje, en número de hablantes extraños que la adquieren, desde la suya materna, como instrumento de relación internacional, como vehículo para introducirse en un universo cultural variado y polifacético, para recorrer larguísimos caminos por vastos territorios, entre gentes de razas diversas, de muy distinto origen y color de piel, cruzando fronteras nacionales, anchísimos ríos y casi infranqueables cordilleras, sin dejar de oír el mismo idioma y comunicándose, gracias a él, con tan abigarrada multitud.

Con un español gramaticalmente rudimentario, pero no exento de precisiones y hasta de brillos léxicos, aprendido en ruta durante poco más de diez semanas, me decía más o menos estas cosas, maravillado, un joven belga, apenas veinteañero, que viajó en el asiento contiguo al mío, desde Madrid a Bruselas, la tarde del 31 de enero último. Había llegado aquella mañana a Barajas, desde Bogotá, tras un viaje aventurero, de casi tres meses, por América del Sur. Había pasado una semana en Río y, a mediados de noviembre, voló a Montevideo. Cruzó luego a Buenos Aires, atravesó la Argentina y remontó en tren los Andes

hasta llegar a Chile. Estuvo luego en Bolivia, en Perú, en Ecuador y, finalmente, en Colombia, donde se había demorado, más capaz ya de entenderse en la lengua aprendida por esos caminos y, sin tiempo para llegarse a Venezuela, que estaba incluida en su proyecto de viaje, había salido la tarde anterior del aeropuerto de El Dorado, había hecho escala en Santo Domingo y aún le habían sobrado cuatro horas en Barajas para confirmar que ese dilatado idioma de su larga excursión era efectivamente el mismo que se hablaba en España, donde él no había estado nunca, hasta aquella mañana, y a donde quería volver ahora, siempre que pudiera, para acrecentar y perfilar esa lengua recién aprendida y que era –él lo acababa de comprobar– nada más y nada menos que la llave necesaria para abrirse a la comprensión de todo un continente.

La primera impresión de cualquier europeo que llega por primera vez a América es la de que el llamado Nuevo Mundo es un mundo desmesurado. Todo es más grande, gigantesco, desmedido, todo responde a otra escala, mucho mayor siempre que la del Mundo Viejo “Descomunial” fue el primer adjetivo que se le ocurrió a Miguel Delibes para comunicar su sensación, cuando hizo su personal descubrimiento de América. Mi joven amigo flamenco no ha sido, por supuesto, insensible a esa desproporción geográfica, pero lo que le ha parecido particularmente asombroso es la dimensión de la lengua, que cubre prácticamente todas las demás dimensiones. Nacido en las proximidades de Gante, encerrado –y hasta qué extremo– en su parcela lingüística, con conocimiento escolar de otras lenguas, no del español, su encuentro directo con nuestro idioma lo había dejado literalmente estupefacto. Le resultaba punto menos que milagrosa esa extensión unitaria de una lengua común por tan vastísimos territorios. Y su facilidad de aprendizaje, su claridad fónica, su armonía. Estaba encantado de poder hablarla conmigo, sencillamente de hablarla.

Me recordaba a otro mozo de Gante, don Carlos I de España, el futuro emperador, cuando llegó a Castilla en 1516 y se encontró inmerso en una lengua de la que habría de prendarse, a la que habría de alabar sin tasa y a la que acabaría proclamando lengua internacional, de hecho, en su famoso discurso de desafío a Francisco I de Francia, ante el Papa, el 17 de abril de 1536, cuando el obispo de Mâcon, embajador del rey francés, se quejó de no entender el español y don Carlos le replicó con unas palabras que se han repetido miles de veces y que no importa repetir una vez más: “Señor obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana”.

Pero hacia donde se iba extendiendo el español era hacia América. A mediados del siglo XVI habían pasado a Indias unas ciento cincuenta mil personas, y esa era la lengua que llevaban. Sin pretensiones de imponerla, con ánimo de usarla. Su expansión en aquel continente sería lenta. En 1810, cuando se inicia el proceso de independencia, no había más allá de tres millones de hispanohablantes de lengua materna en toda la extensión colonial, según el cálculo establecido por Angel Rosenblat y avalado con su enorme autoridad. La

implantación del español en América fue asunto de los conquistadores; su extensión, propósito logrado de los libertadores, que entendieron muy bien que ese lazo lingüístico les daba fuerza y no era un legado del que se pudiera prescindir.

La dimensión internacional del español hoy en el mundo se la confiere, ante todo, su extensión americana. Ellos son más de trescientos millones, como digo: nosotros, los hispanohablantes españoles, el pico que completa la suma. Si la proyección europea de nuestro idioma, en el XVI, emprendida por el emperador Carlos V, daba lugar a que en Flandes fuesen muchos los que la aprendiesen, como dice Arias Montano, “por la necesidad que tienen de ella, así para las cosas públicas como para la contratación”, los jóvenes flamencos de hoy, o alemanes o escandinavos o coreanos o japoneses o árabes, si la aprenden –y cada día la aprenden más– es para poder moverse con mayor facilidad, en los negocios o en la aventura, por los diversos países de aquel continente. Quebrada más tarde, en gran medida, esa proyección hacia Europa de la lengua castellana, sirvió en cambio de vehículo para la trasmisión a América de la cultura europea, para ensanchar los límites de todo eso que llamamos cultura occidental, que es radicalmente opuesta a casi todas las otras culturas porque es una cultura abierta, es decir, no una cultura encerrada en sí misma sino una cultura que se ofrece y que se da, que se comparte con los extraños sin recelos y generosamente. Y esto hay que decirlo, con claridad y firmeza, cuando tanta estolidez, ignorancia y falsedad se están mezclando en esa inane controversia sobre un supuesto encuentro de dos culturas, que por un lado era una, efectivamente, dispuesta a darse, a transmitirse, y por el otro eran centenares, aisladas y contradictorias, sin el menor impulso de trasmisión. En suma, una cultura abierta, la europea y cristiana, expansiva, extravertida, presta a entregarse y también a recibir, frente a múltiples culturas cerradas, acotadas en sus propios límites, es decir, confinadas, introvertidas e infecundas en su aislamiento.

Cuando esto escribo, hace pocos días que un escritor alemán, Günther Grass, cuyos méritos literarios en su lengua alemana, no puedo juzgar, porque no la conozco, cuya enjundia narrativa, en sus novelas traducidas, me resulta mediocre, y de cuyo escaso cacumen nos ha dado abundantes muestras, durante muchos años, cada vez que le han pedido una opinión sobre algo, ha venido a Sevilla con la pretensión de aleccionarnos y nos ha preguntado desde la tribuna del Pabellón de España, qué es lo que merece celebrarse de lo que ocurrió en 1492. La respuesta ya está dada más arriba, y si no fuera porque el señor Grass ha demostrado cumplidamente, a lo largo de toda su carrera, su incapacidad absoluta para enterarse de lo que ha tenido delante de los ojos, yo le aconsejaría que siguiera la misma ruta que el avisado muchacho de Gante, a ver si lograban abrirse, por fin, las luces del entendimiento.

Bien es verdad que los alemanes se han sentido siempre muy ligados a su etnia y la identifican, además, con la lengua que hablan. No tan solo ellos. Tal identificación está en la raíz de todos los nacionalismos y hace estragos en el

tiempo actual. Pero nosotros no hablamos una lengua nacional, es más, en nuestra nación se hablan también otras lenguas, y lo mismo ocurre en no pocas naciones de la comunidad hispanohablante. Los que hablamos la originaria lengua de Castilla pertenecemos a etnias muy diversas, a distintas razas, a diferentes culturas. Porque el español como lengua y los españoles que lo llevaron al Nuevo Mundo supieron fecundar las cerradas culturas amerindias y crear una cultura nueva, unitaria y, a la par, variada y multiforme, no ya simplemente europea ni uniformemente americana: eso que se ha llamado siempre, con notable justeza, cultura hispánica, aunque ahora haya mucha gente, dentro y fuera de ella, que desdeñen tal nombre e incluso lleguen a negar su realidad.

Entre los libros que se han publicado en las vísperas del Quinto Centenario, quiero llamar la atención sobre *El sueño hispano ante la encrucijada del racismo contemporáneo* (Mérida, 1991), del catedrático de Lingüística general de la Universidad de Valencia, Angel López García, que recibió el VIII Premio Constitución de Ensayo, convocado por la Junta de Extremadura. Angel López rehúye tópicos y reflexiona seriamente y con agudeza sobre la expansión del español, sobre el peculiar carácter de lo “hispano”. Y en un artículo más reciente del mismo autor, publicado este mismo mes de abril de 1992, en el n.º 210 del *Boletín informativo* de la Fundación Juan March, se lee este párrafo que sintetiza su pensamiento al respecto, pensamiento que yo comparto: “El origen medieval de la sólida cohesión interna del español se halla en su condición de *lengua de intercambio*, de *koiné peninsular* para uso de los distintos habitantes de la Península Ibérica, cualquiera que fuese su lengua materna. El fundamento de su estabilidad moderna, más americana que española por cierto, es *su alzamiento a lengua igualitaria del mestizaje* entre etnias de lengua y culturas muy diferentes”.

Esa es, en síntesis, la historia y condición de nuestra lengua, vernácula ya en ninguna parte —ni siquiera en Castilla, me atrevería a decir—, instrumento de relación entre pueblos diversos, vehículo de culturas mestizas, producto exclusivo de la fuerza de intercambio y desligada, hace ya siglos, de cualquier clase de apego al espíritu de campanario, de cualquier intento de amojonamiento local. Una lengua para la relación, con la que nos podemos entender hoy casi cuatrocientos millones de personas. Un idioma multiétnico y plurinacional, homogéneo y perfectamente inteligible desde todas sus variedades, inclusive la arcaica judeo-española. Casi un milagro en este mundo de estandartes y fronteras. El castellano iba camino de ser, en el siglo XVI, la lengua común de toda la península hispánica y aún la lengua de las cancillerías europeas. Desviada hacia el Nuevo Continente, ya como lengua española, América le ha acabado dando, en este siglo XX, su actual dimensión universal.